

Las dos caras de la interculturalidad en el aula

Por Andrés Velasco

(elandresff.velasco@gmail.com)



Hace cinco meses me mudé a la provincia de Zamora Chinchipe para empezar mi vida de profesor. Tomé un bus que se demoró 14 horas. Nunca antes había estado en el sur de la Amazonía de mi país. Llegué a una pequeña comunidad llamada San Vicente de Caney, en donde ocurre un fenómeno lingüístico-cultural muy interesante.

Ubicada en las colinas de la parroquia Chicaña yace una comunidad perteneciente a la nacionalidad Saraguro. Hace más de 40 años, los oriundos lojanos decidieron echar raíces en tierras zamora-

nas. Sin embargo, estas tierras no estaban del todo abandonadas, ya que siempre han sido morada de la nacionalidad Shuar.

Estas dos nacionalidades empezaron a convivir, sumándoseles un grupo de personas mestizas. Hoy por hoy, en San

Vicente se puede ver y oír un abanico de culturas y lenguas.

Una comunidad no puede estar completa si no tiene una escuela, y es justamente en este centro educativo donde se aprecia y se vive de cerca la interculturalidad. Recuerdo que un lunes de octubre, en el minuto cívico, se celebraba el Día de la Interculturalidad y la Plurinacionalidad. Una estudiante me preguntó con tono de inocencia: “Profe, ¿usted de qué raza es?” Me sentí por un momento un extraño, una persona observada y quién sabe si hasta juzgada. Después de algunos se-

Ser su profesor hace que me quite de la cabeza los prejuicios culturales y, de igual manera, me ayuda a construir una identidad inquebrantable.

gundos de silencio le respondí: “Soy de la raza humana”.

El sincretismo cultural dentro del aula es un tema fascinante; en ella se pueden ver las dos caras de la moneda. Por un lado, se aprecia el interés académico de las nacionalidades indígenas, se ve cómo los niños, niñas y jóvenes tienen sueños igual de grandes como los de las grandes ciudades. Por otro lado, la interculturalidad tiende a etiquetar a las personas, y por ende a crear estereotipos, además de que también induce a una pérdida de identidad. Mis estudiantes Saraguros utilizan un uniforme propio de su nacionalidad, conformado por poncho, anaco, sombrero, entre otros; los estudiantes mestizos visten con camisa, pantalón y falda, pero los estudiantes de la nacionalidad shuar prefieren no utilizar su propio uniforme y optan por la vestimenta mestiza.

Me llamó mucho la atención ver que los propios habitantes ocultan sus manifestos culturales, y no solo me refiero a su uniforme, sino también a su lengua y a sus festividades. En la actualidad, en San Vicente de Caney se realizan festividades andinas y se han dejado de lado las costumbres amazónicas, además de que la lengua ancestral impartida en mi escuela es el kichwa, mas no el shuar-chicham.

Lleno de incertidumbres respecto a este fenómeno de diglosia, me vi en la tarea de investigar. Preguntaba a mis estudiantes shuar si conocían su lengua o si celebraban aún sus festividades. Muchos de ellos confesaron no conocer más que pocas palabras de su lengua materna y otros afirmaron que dentro de sus hogares sí se habla su lengua.

Después de los primeros meses de profesor, me di cuenta de que en San Vicente de Caney existen muchos matrimonios

Una estudiante me preguntó con tono de inocencia: “Profe, ¿usted de qué raza es?”

interculturales, ya sean de padre Saraguro y madre Shuar o viceversa; los niños no se sienten parte de ninguna de las nacionalidades y optan por adoptar la cultura mestiza, por lo que desconocen su lengua y su vestimenta.

Independientemente de los fenómenos lingüístico-culturales, mi escuela es un lugar maravilloso y mis estudiantes son mi motor para levantarme todos los días. Ellos me han dado un nuevo hogar, me hacen mejor persona y me motivan a dar

siempre todo de mí. Ser su profesor hace que me quite de la cabeza los prejuicios culturales y, de igual manera, me ayuda a construir una identidad inquebrantable, la cual quiero fomentar dentro de mi clase.

Quiero que mi salón de clase sea un lugar psicológicamente seguro, en donde la verdad y el respeto mutuo sean nuestro estandarte. Un lugar en donde se elimine el término razas como algo peyorativo, y que se entienda que somos diversos pero con los mismos derechos y oportunidades; un lugar en donde la identidad esté bien cimentada para que los niños, niñas y jóvenes puedan abrir sus mentes a conocer otras culturas sin perder la suya.



Una comunidad no puede estar completa si no tiene una escuela, y es justamente en este centro educativo donde se aprecia y se vive de cerca la interculturalidad.